

hombros bien marcados, el pecho amplio, los miembros musculosos y delicados, el bacinete ó parte inferior del tronco muy poco desarrollado. Ojos brillantes y vivos animan una cara llena, sólida sin brutalidad. Su nariz de amplias ventanas, sus labios gruesos y revueltos, pero de líneas puras, su barba autoritaria, todo esto revela fuerza y virtud que no dejan de inspirar simpatías.

Los cánacos llevan la barba crecida y sus cabellos crespos encuadran su amplia frente. El lóbulo de la oreja es en ellos colgante, estirado por el peso de los anillos que usan hombres y mujeres.

Las mujeres son de un bello tipo: su cabeza es regular y su expresión dulce y tranquila sin tristeza, donde los ojos interrogan poco.

La nota alegre la dan los trajes. Como allá, en su país, todo el vestido consiste, para los hombres, en un pañuelo arrodado en guisa de turbante á la cabeza y encima un penacho de plumas blancas, y para las mujeres en un *tapas*, especie de cinturón de hierbas entretejidas, se ha debido vestir este grupo de cánacos, por razones tan respetables como anti-estéticas.

Y se les ha vestido apresuradamente con trajes europeos, extrañas ropas que envuelven á las mujeres, como holgadas fundas preservarían muebles para los cuales no estuvieran destinadas.

Con esto parecen amas de casa pobre, pero de humor franco, esperando, con la sopa preparada, en un zaquizamí de los afueras, la vuelta del marido, que gana difícilmente en rudos oficios sus cinco francos diarios. Porque estos antiguos antropófagos tienen aire de operarios parisienses con su ropa que huele á taller de confecciones económicas, sus vestones usados y descoloridos por el sol y la lluvia y su cutí descolgado de los muestrarios de supuestas liquidaciones.

Así vestidos tienen los movimientos en la faena, las actitudes en el descanso, las maneras indolentes y resignadas de los trabajadores que vemos en los talleres y topamos en los arrabales, á la salida de las fábricas en la penumbra de las horas crepusculares.

Pero estos aspectos son engañosos: entre los cánacos, pueblo guerrero, no se trabaja nunca.

Perezosos y contentos con poco, la construcción de las cabañas, la fabricación de armas, las largas horas pasadas en la pesca, en la caza y en la escultura de los *tabúes* bastan á una actividad ilusoria.

Se levantan muy tarde, á eso de las diez del día, pues temen más que á todo al rocío matinal; después divagan á la ventura y comen donde se encuentran, en aquel fértil país, donde se reparten los alimentos, los productos de las raras labores agrícolas, donde se toma de la boca del vecino la pipa bien encendida, para dar algunas chupadas.

Solamente las mujeres están exceptuadas de este comunismo: los únicos deberes sociales consisten en las prestaciones en especie debidas al jefe para los varios regocijos anuales. Para ellos, trabajar es exactamente sinónimo de hacer algo. Pregunté á Badiuin qué había hecho aquella mañana y me contestó con toda esta sencillez y gallardía:

— He trabajado dormir, y pronto voy á trabajar comer.

Cuando cierra la noche vuelven los cánacos á casa, donde encienden grandes fogatas para ahuyentar los mosquitos; charlan interminablemente sobre los sucesos del día, consultan al hechicero, personaje de gran cuenta entre ellos, y como en las veladas en que se reúnen nuestros campesinos de ciertas provincias, gustan de contar cuentos fabulosos y tradiciones legendarias, guardadas religiosamente y jamás divulgadas entre los extraños.

Los cánacos son muy supersticiosos y su creencia en los misterios es profunda. Si no tienen divinidades, si no existe entre ellos el culto exterior, tienen sin embargo fe en una vida futura, esperando ir, cuando mueran, á una Caledonia poco distinta de ésta. El horror de revivir en una vida idéntica no los espanta: la placidez, la ociosidad indolente de la existencia pasada bajo un clima siempre igual, el escaso número de sus enfermedades les ahorran el irremediable disgusto de comenzar otra vez.

Cuando muere un jefe, su sucesor envía á los habitantes de los pueblos vecinos este breve y poético mensaje:

«Id á decir que se ha puesto el sol.»

El hechicero es naturalmente muy escuchado. Takata es malicioso, inteligente y sagaz, y verosímilmente no se exagera el alcance de sus propias predicciones. Me ha dicho cómo se invoca la lluvia y con qué complicados sortilegios se modifica el estado de la atmósfera.

— Y cuando no lo consigues ¿qué haces? hube de preguntarle.

— Entonces, me contestó, vuelvo á empezar.

El otro día el delegado de la Nueva Caledonia le intimó la orden de invocar el sol para el día siguiente. El día siguiente llovió, á pesar de los conjuros del hechicero.

— ¿Cómo ha llovido?

Takata dió esta explicación de su impotencia, chusca, sino satisfactoria:

— Es que no estamos allá.

Es claro; aquí no está en el lleno de sus funciones de trapacero.

Los cánacos hablan un francés correcto, aunque sin acento de pronunciación. Bajan los ojos cuando dirigen á alguien la palabra, y como los niños, buscan las palabras mirándose los dedos. Aunque cada tribu tenga su dialecto propio, pueden comprenderse entre sí. He tenido ocasión de oírlos hablar, y su lengua es glutinosa, por decirlo así, abundante en vocales, dulce de pronunciación. Se dice que es pobre é incapaz de expresar ideas abstractas; sus tonalidades varían, pero la articulación permanece siempre gan-gosa. Las voces son lentas, guturales, súbitamente tristes.

No son músicos, ni cantan más que una especie de melopea monótona y melancólica: su motivo es muy corto, hecho de la repetición constante de tres ó cuatro sílabas; la tonalidad es indecisa y el conjunto del modo menor. Este canto parece expresar una sensación sencilla: la caída periódica y constante del motivo reproduce bastante exactamente el ruido prolongado, siempre idéntico, que salmodia en medio del viento el oleaje del mar sobre las playas.

Pero si sus cantos son casi nulos, son variadas sus danzas: los famosos *pilous-pilous* son demasiado conocidos para que haya necesidad de recordarlos. Los cánacos danzan en todas las circunstancias solemnes de la vida, en las bodas, en los entierros, en los aniversarios.

Tales son las costumbres de esos caledonios que el vulgo se representa siempre como feroces antropófagos. Son accesibles, afables, un tanto disimulados acaso, pero se revela en su tímida risa tal fondo de bondad que se perdona de buen grado esa desconfianza instintiva, que lealmente no disimulan, desconfianza justificada para con los invasores y la colonización brutal. Tienen las cualidades guerreras: la benevolencia y la altivez.

Los primeros días que siguieron á la apertura de la Exposición, los groseros dichara-



La tímida ANNIA.

La tímida Annia

chos de la multitud los ofendían. Hízose mal en persuadirlos á no replicar: sin haber leído á Vigny dieron otra prueba más de fuerza resignándose al silencio. Acaso hubieron de comprender lo fútil de las palabras inspiradas por una ignorancia segura de sí misma; acaso también su orgullo íntimo les mostró la irremediable estupidez que inspira á ciertos visitantes un sentimiento de imbécil superioridad.

Pobres seres acorralados como animales curiosos, no miréis á esos visitantes ni deis oídos á sus cuchufletas; pensad en el pueblo natal, en el verdadero pueblecillo, rodeado de lianas y cocoteros.

Las jóvenes cánacas Annia, Peto y María hacían la otra tarde en los bulevares, grandes exclamaciones de grata sorpresa y admiración pueril á vista de los anuncios que se sucedían en un trasparente. Los circunstantes y transeuntes se reían de la exuberancia, sin recordar que ellos mismos

hacen otro tanto, cuando en las fuentes luminosas toman las aguas diversos colores. Pero la multitud no hace comparaciones, ni saca relaciones siquiera.

Celebrad, jóvenes cánacas, celebrad y aplaudid lo que se os muestre y sea de vuestro agrado, pues no vais como la malabar de Carlos Baudelaire:

*Con ojos pensativos y siguiendo,
en nuestras sucias nieblas,
del cocotero ausente y de la palma
la engañosa fantástica silueta.*

He aquí pues las impresiones que he sentido visitando el lugarejo cánaco, con los datos que he podido recoger, por benevolencia de M. León Gauharou, delegado de la Nueva Calednia.

PABLO NEVEUX.



LAS TROPAS COLONIALES

EN LA EXPOSICIÓN

En medio de las abigarradas fisonomías que en todas direcciones recorren la Explanada de los Inválidos, como asimismo el Campo de Marte, la atención de los parisien- ses se ha fijado con más curiosidad en los soldados de extraño uniforme que montan la guardia en el palacio de las Colonias.

Pasaremos por alto los destacamentos de *spahis*, de zuavos y tiradores argelinos que hay en el ministerio de la Guerra: éstos son tipos populares que han ganado su carta de naturaleza á fuerza de acciones en todos los campos de batalla y forman parte integrante de nuestro ejército. Nos detendremos mejor ante los soldados coloniales, esos auxiliares que no conocemos y cuyo espíritu ignoramos, como asimismo sus usos y costumbres, sin que nos sea más conocido el extraño uniforme que visten y con el cual combaten por la grandeza de Francia.

El destacamento de estas diversas tropas se compone de ciento cuatro hombres, al mando de un joven y brillante oficial de infantería de marina, el capitán Famin, que ha